

Contamine sus paredes,  
 Sus blasones envilezca,  
 »Que á mí me sobra en Toledo  
 Donde vivir, sin que tenga  
 Que rozarme con traidores  
 Cuyo solo alienta infesta.  
 »Y en cuanto él deje mi casa,  
 Antes de tornar yo á ella,  
 Purificaré con fuego  
 Sus paredes y sus puertas.»

Besó, cubrió su cabeza,  
 Y retiróse bajando  
 A do estaba su litera.  
 Y á casa de un su pariente  
 Mandó que le condujeran,  
 Abandonando la suya  
 Con cuanto dentro se encierra.  
 Quedó absorto Cárlos quinto  
 De ver tan noble firmeza,  
 Estimando la de España  
 Más que la imperial diadema.

Dijo el conde, la real mano

ROMANCE IV.

Muy pocos dias el duque  
 Hizo mansion en Toledo,  
 Del noble conde ocupando  
 Los honrados aposentos.  
 Y la noche en que el palacio  
 Dejó vacío, partiendo  
 Con su séquito y sus pajes  
 Orgullosos y satisfechos;  
 Turbó la apacible luna  
 Un vapor blanco y espeso,  
 Que de las altas techumbres  
 Se iba elevando y creciendo.  
 A poco rato tornóse  
 En humo confuso y denso  
 Que en nubarrones oscuros  
 Ofuscaba el claro cielo.

En embravecido incendio,  
 Que devoraba altas torres  
 Y derrumbaba altos techos.

Resonaron las campanas,  
 Conmovióse todo el pueblo,  
 De Benavente el palacio  
 Presa de las llamas viendo.  
 El emperador confuso  
 Corre á procurar remedio,  
 En atajar tanto daño  
 Mostrando tenaz empeño.  
 En vano todo; tragóse  
 Tantas riquezas el fuego,  
 A la lealtad castellana  
 Levantando un monumento.  
 Aun hoy unos viejos muros  
 Del humo y las llamas negro,  
 Recuerdan accion tan grande  
 En la famosa Toledo.

EPITALÁMIO.

(Véase la pág. 129.)

AL SR. D. FELIPE ROMERO.

(Por D. Melchor Gaspar de Jovellanos.)

Dobla sin susto al yugo sacrosanto,  
 Claro Felipe, el receloso cuello,  
 Mientras el sello á la futura dicha  
 Pone Himeneo.  
 Mira cuál viene, y de su triunfo ufano  
 De paz al suelo y de contento inunda,  
 Y tu coyunda en los celestes signos  
 Raudo coloca.

Se alegra en tanto la remota orilla  
 Del mar cantabro á la dichosa nueva,  
 Que al punto lleva el venerable anciano  
 Presta la fama.

Y allí de Europa las erguidas cumbres  
 Oyen los himnos de alabanza y gozo,  
 Que el alborozo del vecino pueblo  
 Canta á tu nombre.

De la pobreza y orfandad escudo  
 Firme te aclama y de virtud dechado  
 En el senado, que las santas leyes  
 Dicta y protege.

Te aclama, y vuela presuroso el eco  
 De tus loores por la gente ibera,  
 Que alegre espera de tu recta mano  
 Paz y justicia.

Óyete alegre la amistad, y henchido  
 De amable risa, y de candor el pecho,  
 Tu casto lecho y tus ilustres lares  
 Siembra de flores.

Después al astro abandonada entona,  
 Con voz que excede al lírico de Tracia,  
 La amable gracia y celestial modestia  
 De tu alma esposa.

Y con ardor fatídico predice  
 Paz á la España y general ventura,  
 Y tu futura descendencia iguala  
 Con las estrellas.

Letrilla.

(Véase la pág. 133.)

¡HAY BRUJAS!

(Por D. Manuel Breton de los Herreros.)

Á ZORRILLA.

Mal, Zorrilla, el siglo nuestro  
 Se amolda á tu fantasía:  
 Si todo es prosa hoy en día,  
 ¿Dónde alimentar el estro  
 De tu excelsa poesía?  
 De aquí nació tu aversion  
 A las presentes calendas,  
 Y á uno y otro cronicon  
 Demandar la inspiracion  
 De tus famosas leyendas.  
 En este pueblo mestizo  
 ¿Quién es ya español castizo?  
 ¿A dónde fué nuestra honrilla  
 Negra ó blanca? ¿Qué se hizo

De la sesuda Castilla?  
 Dió nuestra fé en un abismo  
 Con el funesto contagio  
 Del moderno excepticismo;  
 Y nuestro rey es el *agio*,  
 Nuestro Dios el *egoismo*.  
 Sin embargo, ¡cosa extraña!  
 Aun hay brujas en España.  
 ¿Te admiras? sí tal, y muchas,  
 Y verás que no es patraña,  
 Si con atencion me escuchas.

Si el untarse es condicion

De brujas, *sine qua non*,  
La que con minio y calostro  
Y drogas de Sanahuja  
Adoba el pálido rostro,

Es una bruja.  
La rufiana marrullera  
Que á título de prendera,  
Mientras con una sortija  
La bolsa á la madre estruja  
Con otra pierde á la hija,

Es una bruja.  
Vieja de largos colmillos,  
Que diz que vende palillos  
A la vera del portal  
Donde astrosa se rebuja,  
Ten por regla general

Que es una bruja.  
¡Maruja en el Ministerio  
Cada día!... Aquí hay misterio.  
Cuando así mata sus ocios,  
Una de dos, ó Maruja  
Es agente de negocios,

O es una bruja.  
Y si bruja y hechicera  
Todo es uno, ¿qué es Glicera,  
Cuyo rostro, dulce Eden  
Donde el amor se dibuja,  
Hechiza á cuantos la ven?

Es una bruja.  
No obstante su jubileo,

Su rosario y su *laus Deo*,  
Y su carita gazmoña,  
Y su mirada cartuja,  
Doña... me quedo en el doña,  
Es una bruja.

Y cuando miente favores,  
Por gozarse en sus dolores,  
A Juan, á Pedro y á Andrés,  
¿Qué es en resumen Catuja  
Coqueteando con los tres?  
Es una bruja.

Esa que en el parlamento  
Toma la primera asiento,  
Y en vez de espumar el caldo  
O dedicarse á la aguja,  
Lee el *Clamor* y el *Heraldo*,  
Es una bruja.

Esa comadre de todas,  
Que así en duelos como en bodas  
Se encuentra, y con varias artes  
Aquí rie y allá puja...  
Y merienda en todas partes,  
Es una bruja.

Y aunque las haya muy santas,  
Cual la mia, y otras cuantas,  
Diré para que esto acabe  
Con una verdad que cruja:  
Cada suegra, ya se sabe,  
Es una bruja.

**Cancion.**

(Vease la pág. 133.)

LOS PADRES DEL LIMBO.

(Por D. Leandro Fernandez Moratin.)

CORO.

¡Oh cuánto padece de afanes cercada,  
Merced al engaño de fiero enemigo,  
En largo castigo la prole de Adán!  
¡Oh! vuelva á nosotros la luz deseada,  
Y dé sus promesas el Cielo cumplidas,  
Que ya repetidas en sombras están.

voz 1.<sup>a</sup>

¿Cuándo, Señor, la esclavitud y el llanto  
Cesará de Israel? Llegando el día  
En que aparezca el vencedor, el santo,  
El que rompa la bárbara cadena  
Que en servidumbre impía

Lleva tu pueblo? El hombre inobediente  
Perdió de Eden la habitacion serena:

Espada refulgente  
Vibró en sus puertas Serafin airado,  
Y á la inocencia sucedió el pecado.

Mas no de tus piedades  
Pudo la culpa humana

El raudal extinguir, que es infinito;  
Y tú, Señor, el númen poderoso

Que goza en perdonar. Tu soberana  
Diestra sepulta montes y ciudades

En abismo profundo  
De universal diluvio proceloso,

Que de los hombres castigó el delito:  
Pero diste á la tierra Adán segundo.

Grato admitiste su obediente celo:  
Si en el Egipto ardiente

Padece servidumbre  
La estirpe de Jacob, tú la aseguras:

En la fuga que intenta portentosa,  
Tú disipas la fiera muchedumbre

Que la persigue en vano.  
Abre su centro el mar, y en espumosa

Tumba sepulta al pertinaz tirano,  
Sus carros y caballos precipita:

Das á tu pueblo, sin lidiar, victoria,  
Y al estruendo del tímpano sonante  
Himnos te canta de alabanza y gloria.

voz 2.<sup>a</sup>

Mucho, Señor, hiciste  
Y prometiste más. Debe la tierra

Ver un caudillo en venturoso día  
Que los furores de discordia y guerra

Calme, y en alegría  
De amor y dulce paz domine eterno.

Las puertas del Averno  
Cederán á su voz omnipotente;

Quebrantará las bóvedas oscuras,  
Huyendo el monstruo que se esconde en ellas

Abrasada la frente  
Con rayo vengador. El Poderoso,

El grande, el hijo de David, las puras  
Auras rompiendo, llevará sus huellas

Adonde el astro de la luz preside,  
Y más allá del sol, acompañado

De la turba de justos numerosa,  
Que los caminos de virtud siguieron,

Y del primer pecado  
Sufren la pena en cárcel pavorosa.

CORO.

Huyan los años en rápido vuelo,  
Goce la tierra durable consuelo,  
Mire á los hombres piadoso el Señor.

VOZ 3.<sup>a</sup>

Ven, prometido  
Jefe temido;  
Ven, y triunfante  
Lleva delante  
Paz y victoria:  
Llene tu gloria  
De dicha el mundo:  
Llega, segundo  
Legislador.

CORO.

Huyan los años con rápido vuelo,  
Goce la tierra durable consuelo,  
Mire á los hombres piadoso el Señor.

### Égloga.

(Por D. Juan Melendez Valdés.)

(Véase la pág. 153.)

Batilo. Arcadio. Poeta.

BATILO.

Paced, mansas ovejas,  
La yerba aljofarada,  
Que el nuevo día con su lumbre dora,  
Mientras en blandas quejas  
Le cantan la alborada  
Las dulces avecillas á la aurora.  
La cabra trepadora  
Ya suelta se encarama  
Por el monte enramado:  
Vosotras de este prado  
Paced felices la menuda grama;  
Paced, ovejas mías,  
Pues de abril tornan los alegres días.  
Mejórase la tierra  
De verdor coronada,  
Y aparecen de nuevo ya las flores:  
Desciende de la sierra  
La nieve desatada,  
Y ejercen sus contiendas los pastores.  
Todo el prado es amores;

Retoñan los tomillos;  
Las bien mullidas camas  
Componen en las ramas  
A sus hembras los dulces pajarillos;  
Y con susurro blando  
Por la vega el arroyo huye saltando.

Así cual es sabroso,  
Después de noche fría,  
El rocío del alba al mustio prado,  
O cual tras enojoso  
Invierno el alegría  
Plácido sol de abril vuelve al ganado;  
Así, cual al cansado  
Pastor que tras hambriento  
Lobo corrió es la fuente;  
Tras el marzo inclemente  
Tal es á mí del céfiro el aliento;  
Y cual á abeja rosa,  
Del campo así la vida deliciosa.

Apenas ha nacido  
El día en los oteros,  
De arboles el cielo matizando,  
Por el alegre ejido  
Saco yo mis corderos,  
Y alegres los cabritos van brincando.  
Mientras el sol se va alzando,  
Mil celosas porfías  
A la sombra en reposo  
Separo, si celoso  
Mi manso está por las corderas mías;  
Y si la noche viene,  
El estrellado cielo me entretiene.

Mas por aquella loma  
Tras sus vacas manchadas,  
El pastoril acento al viento dando,  
El dulce Arcadio asoma:  
Sus voces regaladas  
Más y más cada vez se van notando.  
Tambien viene cantando  
Cual yo de la florida  
Estacion: salir quiero  
A encontrarle primero;  
Algo acaso dirá de mi querida,  
O la nueva tonada  
Que Tirsi canta á su Licori amada.

ARCADIO.

¿Quién viendo el alegría  
De este florido prado,  
Y el brillo y resplandores del rocío,

O la hambrienta porfia  
Con que paca el ganado,  
Y el soto lejos, plácido y sombrío,  
Y el noble señorío  
Con que el claro sol nace,  
O las ondas sin cuento  
Que hace en la yerba el viento,  
Y los hilos de luz que el aire hace;  
No sentirá movido  
El corazón y el ánimo embebido?

Do quiera es primavera,  
Y por do quiera el prado  
Da nueva flor y espíritu oloroso;  
Las vacas por do quiera  
Hallan pasto sobrado  
Y tierna yerba de pacer sabroso;  
El pastor en reposo  
Ya libre sus tonadas  
Puede cantar tendido,  
Viendo su hato querido  
Lento buscar las sombras regaladas;  
Y pueden las pastoras  
Bailar alegres las ociosas horas.

No á mi gusto sea dado  
Riquezas enojosas,  
Ni el oro que cuidados da sin cuento,  
No el ir embarazado  
Entre galas pomposas,  
Ni corriendo vencer el raudo viento;  
Mas sí cantar contento  
Sentado á par mi Elisa,  
Viendo desde esta altura  
Del valle la verdura,  
Y de mi dulce bien la dulce risa,  
Y pacer mi ganado,  
Y al Tormes deslizarse sosegado.

Pero aquel que allí veo  
Que por el prado viene,  
¿No es Batilo el zagal? Tan de mañana  
¡Cuán bien á mi deseo  
La suerte lo previene!  
Guarde el cielo, pastor, tu edad lozana.

BATILO.

La gracia sobrehumana  
De tu rabel y canto  
Guarde del lobo odioso,  
Y sigue en tan sabroso  
Tono que de los valles es encanto,  
Y el ganado alborozado,

Y el choto jugueton por él retoza.

ARCADIO.

Tú más antes al viento  
Suelta esa voz suave  
Que á todas las zagalas enamora,  
Tañendo el instrumento  
Que el desden vencer sabe,  
Y ablandar como cera á tu pastora;  
Y la letra sonora  
Cántame que le hiciste,  
Cuando te dió el cayado  
Por el manso peinado,  
Que con lazos y esquila le ofreciste;  
O bien la otra tonada  
De la vida del campo descansada.

Premio será á tu canto  
Este rabel, que un día  
Me dió en prenda de amor el sabio Elpino,  
Y en él con primor tanto  
Pintó la selva umbria,  
Que muestra bien su ingenio peregrino.  
Del Tormes cristalino  
Formó en él la corriente,  
Que parece ir riendo;  
A lo largo paciendo  
Los manchados rebaños mansamente;  
Y la ciudad de lejos  
Del sol como dorada á los reflejos.

A un álamo arrimado  
Alegre un zagal canta,  
Mientras su amada flores va cogiendo:  
Por el opuesto lado  
Un mastin se adelanta,  
Y á otra zagala fiestas viene haciendo:  
Todo lo que está viendo  
Lejos un ciudadano,  
El semblante afigido,  
Y en cuidados sumido,  
Haciéndole á otro señas con la mano,  
Que al umbral de una choza  
Rie entre los pastores y se goza.

BATILO.

Y yo de Delio hube  
Una flauta preciada,  
Labrada de su mano diestramente.  
Tan guardada la tuve,  
Que jamás fué tocada;  
Pero mi amor en dártela consiente.

Los valles y la fuente  
Puso en ella de Otea;  
Cual por abril el llano  
Con rosas mil galano;  
Un muchacho en el cerro pastorea,  
Y el rabel otro toca,  
Y á contender cantando se provoca.

De flores coronadas,  
Mas lindas que las flores,  
Y el cabello en la espalda al viento dado  
Van bailando enlazadas,  
Causando mil ardores,  
Las zagalejas en el verde prado.  
Un anciano está á un lado  
Que la flauta les toca,  
Y algunas ciudadanas  
Mirándolas ufanas,  
Y como que la envidia las provoca  
Con regocijo tanto.  
Pero tú empieza, y seguiré yo el canto.

ARCADIO.

Dulce es el amoroso  
Balido de la oveja,  
Y la tela al hambriento corderuelo;  
Dulce, si el caluroso  
Verano nos aqueja,  
La fresca sombra y el florido suelo;  
El rocío del cielo  
Es grato al místico prado,  
Y á pastor peregrino  
Descanso en su camino.  
Dulce el ameno valle es al ganado,  
Y á mí dulce la vida  
Del campo, y grata la estacion florida.

Mire yo de una fuente  
Las menudas arenas  
Entre el puro cristal andar bullendo:  
O en la mansa corriente  
De las aguas serenas  
Los sauces retratarse, entre ellos viendo  
Mi ganado ir paciendo:  
Mire en el verde soto  
Las tiernas avecillas  
Volar en mil cuadrillas;  
Y gocen del tropel y el alboroto  
Otros de las ciudades,  
Cercados de sus daños y maldades.

Las inocentes horas,  
De júbilo y paz llenas,

¿Dónde mejor se gozan que en el prado?  
¿Quién mejor las auroras  
Ve alborear serenas,  
Que el zagal al salir tras su ganado?  
¡Venturoso cuidado!  
¡Mil veces descansada,  
Pajiza choza mia!  
Ni yo te dejaria  
Si toda una ciudad me fuera dada,  
Pues solo en tí poseo  
Cuanto alcanzan los ojos y el deseo.

¿Para qué el vano anhelo,  
Ni los tristes cuidados  
Que enjendra la ciudad y sus temores?  
Mejor es ver el cielo,  
Que no techos pintados,  
Mejor son que las galas nuestras flores.  
Los árboles mayores  
Nos dan fácil cabaña;  
Una rama sombrío,  
Otra reparo al frio;  
Y cuando silba el ábrego con saña  
En las noches de enero,  
Lumbre para bailar un roble entero.

Aquí en la verde grama  
Oiga yo reclinado  
El lento susurrar de este arroyuelo;  
Aquí evite la llama  
Con mi pastora al lado  
Del sol subido á la mitad del cielo;  
Y su dorado pelo  
Orne de florcillas,  
O teja en su regazo  
De ellas guirnalda ó lazo,  
Y arrúllenme las blandas tortolillas,  
Cuando yo la corone,  
Y la firmeza de mi amor le abone.

BATILO.

Y á mí leche sobrada  
Me da, y natas y queso;  
Y su lana y corderos mi ganado:  
Mis colmenas labrada  
Miel de tierno cantueso,  
Y pomas olorosas el cercado.  
Gobierna mi cayado  
Dos hatos numerosos,  
Que llenan los oteros  
De cabras y corderos,  
Y deja á los zagales envidiosos

Mi dulce cantilena,  
Que á las mismas serranas enagena.  
Más bien no desco,  
Ni quiero más fortuna,  
Contento con mi suerte venturosa.  
En este simple arreo,  
No hay pastorcilla alguna  
Que huya de mis cariños desdeñosa.  
Su guirnalda de rosa  
Me dió ayer Galatea;  
Filis este cayado,  
Y este zurrón leonado  
La niña Silvia que mi amor desea;  
Mas yo á Filena quiero,  
Ella me paga, y por sus ojos muero.

ARCADIO.

Pues cuando el sabio Elpino  
Se huyó de la alquería  
A la ciudad por sus hechizos vanos,  
Con su ingenio divino  
¡Qué cosas no decía  
Después de los falaces ciudadanos!  
Aun á los más ancianos,  
Si te acuerdas, pasmaba.  
Contándonos los hechos  
De sus dañados pechos,  
Yo, zagalejo entonces, le escuchaba,  
Y aun guarda la memoria  
La mayor parte de su triste historia.  
El semblante sereno  
Y el corazón dañado,  
Cual es el fruto de silvestre higuera;  
Miel envuelta en veneno,  
El decir concertado,  
Pechos lisiados de la envidia fiera.  
Hijos que desespera  
La vida de sus padres,  
Muertes, alevosías,  
Entre esposos falsías,  
Y doncellas vendidas por sus madres:  
Esto contaba Elpino  
De la ciudad, después que al campo vino.

BATILO.

Y Dalmiro cantaba,  
Aquel que fué á la guerra,  
Y vió las tierras donde muere el día,  
Que en nada semejaba  
El río de esta sierra

Al mar soberbio que pavor ponía.  
Me acuerdo que decía  
Que del viento irritado  
Espantable bramaba,  
Y las olas alzaba  
Hasta tocar el cielo encapotado,  
Tragándose navíos,  
Como las enramadas nuestros ríos.  
Que entone el alarido  
Y acabar de los tristes  
Quebraba el corazón en tal cuña;  
Cual si débil balido  
De herida oveja vistes,  
O choto que su madre solicita.  
¡Oh ceguedad maldita,  
Poner vida y ventura  
Sobre un pino delgado!  
Mejor es de este prado  
Hollar con firme planta la verdura  
Tras las corderos míos,  
Que ver, Arcadio, el mar ni sus navíos.

ARCADIO.

Ni yo, Batilo, quiero  
Ver más que nuestros prados,  
Ni beban mis ganados de otro río.  
Aquí no lobo fiero  
Nos trae alborotados,  
Ni nos daña el calor, ó hiela el frío.  
No ageno poderío  
Nuestro querer sujeta,  
Ni mayoral injusto  
Nos avasalla el gusto.  
Todos vivimos en unión perfecta,  
Y el sol y helado cierzo  
Nos dan salud y varonil esfuerzo.  
Todo es amor sabroso,  
Alegria y hartura,  
Y descanso seguro y regalado.  
Ni el pastor envidioso  
Murmura la ventura  
Del otro á quien da el cielo más ganado;  
Ni el mayoral honrado  
Burla al zagal sencillo,  
Ni con doblez le trata;  
Ni su seno recata  
La amada de su tierno pastorcillo;  
Que el amante y la fuente  
Gozan de su belleza libremente.  
Como las ciudadanas,

A engañar nos enseñan  
Nuestras bellas y cándidas pastoras;  
Ni en su beldad livianas,  
Nuestro querer desdenan,  
O mudan de amador á todas horas.  
Mejor que las sonoras  
Canciones de la villa  
Su voz suena á mi oído,  
Y que el ronco alarido  
De sus plazas, la voz de mi novilla.  
Mas canta tu tonada  
De la vida del campo descansada.

BATILO.

¡Oh soledad gloriosa!  
¡Oh valle! ¡oh bosque umbrio!  
¡Oh selva entrelazada! ¡oh limpia fuente!  
¡Oh vida venturosa!  
¡Seren y claro río,  
Que por los sauces corres mansamente!  
Aquí entre llana gente  
Todo es paz y dulzura,  
Y feliz armonía  
Del uno al otro día.  
La inocencia de engaño está segura,  
Y todos son iguales,  
Pastores, ganaderos y zagales.  
El cielo despejado  
Y el canto repetido  
De las pintadas aves por el viento,  
El balar del ganado,  
Y plácido sonido  
Que del céfiro forma el blando aliento;  
Tal vez el tierno acento  
De alguna zagaleja  
Que canta dulcemente,  
Y este oloroso ambiente  
En grata suspensión á el alma deja;  
Y á sueño descansado  
Brinda la yerba del mullido prado.  
No aquí esperanza ó miedo,  
Las tramas y falsías  
Que saben los soberbios ciudadanos.  
El pastorcillo ledo  
En paz goza sus días,  
Sin entregarse á pensamientos vanos.  
Los cielos soberanos  
Bendicen su majada,  
Y él con sencillo celo  
Da bendición al cielo,

Tal vez acompañando la alborada  
Con que en el campo adora  
El coro de las aves á la aurora.  
Sin recelo ni susto  
Los términos pasea  
De las cabañas que nacer le vieron;  
Y ora aparta con gusto  
La cabra en su pelea,  
O ve do los gilgueros nido hicieron;  
Si el lagarto sintieron  
Sus tiernos corderillos,  
Rie cuál se espantaron,  
Corrieron ó balaron;  
Ora al yugo acostumbra los novillos;  
Ora fruta ó flor nueva  
En don alegre á su zagala lleva.  
Con las serranas viene  
A triscar por el prado  
Y enguirnalda la sien de frescas flores:  
Ni entonces libre tiene  
Su pecho otro cuidado,  
Que cantarles ufano mil amores.  
Mejor son sus favores  
Que la villa y sus tristes  
Cuidados y ruidos,  
Pues no en tales gemidos  
Dos tortolillas querellarse vistes,  
Cual canta en voz sonora  
De amor un zagalejo á su pastora.  
La fruta sazónada  
¡Con cuál dulce fatiga  
De la rama se corta! ¡Cuán gustoso  
Es ver la acongojada  
Lucha en la blanda liga  
Del verdecillo ó colorín vistoso!  
¡Cuán grato el armonioso  
Susurrar, y el desvelo  
De abeja entre las rosas!  
¡O ver las mariposas  
De flor en flor pasar con presto vuelo!  
¡O mirar la paloma  
Bañarse alegre, cuando el alba asoma!  
Así Tirsi decía,  
Que la primera gente,  
Como agora vivimos los pastores,  
Por los campos vivía  
En la edad inocente,  
Antes que del verano los ardores  
Marchitaran las flores;  
Cuando la encina daba

Mieles, y leche el río;  
Cuando del señorío  
Los términos la linde aun no cortaba,  
Ni se usaba el dinero,  
Ni se labraba en dardos el acero.  
Y cierto, ¡cuántas veces  
Los más altos señores  
Vienen á nuestras pobres caserías,  
Sin pompa ni altiveces  
A gozar los favores  
Del campo y sus sencillas alegrías?  
Las rústicas porfías  
Que los zagales tienen,  
Miran embelesados,  
Y en seguir los ganados  
Por los tendidos valles se entretienen,  
O de bailar se gozan,  
Y al son de nuestras flautas se alborozan.  
Aquí Delio y Elpino  
Moraron, y el famoso  
Que dijo de las magas el encanto  
Con su verso divino  
Junto al Bétis undoso;  
Y aquí Albano entonó su dulce canto.  
¡Oh grata vida! ¡Oh cuánto  
Me gozo en tí seguro!  
De flores coronado,  
Y al cielo el rostro alzado,  
Este vaso de leche alegre apuro.  
Bebe, Arcadio, y gocemos  
Tan feliz suerte, y á la par cantemos.

ARCADIO.

Cual la dulce llamada  
De paloma rendida  
Es el tierno pichon que la enamora,  
Cual yedra enmarañada  
Que á reposar convida,  
Y cual agrada el baile á la pastora;  
Tal tu canción sonora  
Es, zagal, á mi oído:  
Ni así es el prado ameno  
De grata yerba lleno,  
De las ovejas con hervor pacido  
En fresca madrugada,  
Cual me encanta tu música extremada.

BATILO.

No el lirio comparado  
Con zarza montuosa

Ser debe, ó con el cardo la azucena;  
Ni así aquel desagrado  
Y altivez enojosa  
De las de la ciudad con la serena  
Gracia de mi Filena.  
Ellas me desdenaron  
Allá en su plaza un día;  
Yo en sus burlas reía,  
Y ellas de mis desprecios se enojaron.  
Volvime á mis corderos,  
Y á gozar, zagaleja, tus luceros.

ARCADIO.

Y yo á mi Elisa amada  
Fuí compañero acaso  
La tarde en la ciudad que fiesta había:  
Cual luna plateada  
Reluce en cielo raso,  
Así Elisa entre todas relucía.  
¡Cuán bella parecía,  
Zagal! sus lindos ojos  
Mil pechos abararon,  
Envidias mil causaron,  
Y se hicieron á un tiempo mil despojos.  
¡Ay, Elisa, bien mio,  
De tu firmeza mi ventura fio!

BATILO.

Los surcos las labradas  
Laderas hermosean  
Y del olmo la vid es ornamento;  
Las pomas sazonadas  
El paladar recrean,  
Y al ánimo la flauta da contento;  
Al bosque el manso viento;  
Tú á todo nuestro prado  
Le das, Filena mía,  
La risa y alegría,  
Al sentirte venir, bala el ganado,  
Y Melampo colea,  
Y haciéndote mil fiestas te recrea.

ARCADIO.

No así de la pastora  
La zagala es deseada,  
Ni del zagal el dulce caramillo;  
Ni vaca mugidora  
Tanto en la cela agrada  
A enamorado cándido novillo;  
O á la liebre el tomillo,

Cual á Elisa es sabrosa  
 Pradera y selva umbria.  
 Con menos agonia  
 Huye del gavilan la garza airosa,  
 Que Elisa desalada  
 Corre de la ciudad y su majada.

BATILO.

Darme quiere Lisardó  
 Por el mi manso un choto,  
 Para llevarlo en don á sus amores;  
 Yo para tí lo guardo,  
 Y el nido que en el soto  
 Ayer cogí con ambos rui señores.  
 ¡Ay, si yo en mis ardores  
 Fuese abeja y volara,  
 Mi bien, siempre á tu lado,  
 O en colorin mudado,  
 Continuo mis amores te cantara,  
 O hecho flor me cortases,  
 Y á tu labio de rosa me llegases!

ARCADIO.

No á la cigarra es dado  
 De voz haber porfia  
 Con gilguero que canta en la enramada;  
 Ni con cisne extremado  
 En dulce melodía  
 Puede ser abubilla comparada,  
 Ni á tu voz regalada  
 Mi tono desabrido.  
 ¡Oh fuente! ¡Oh valle! ¡Oh prado!  
 ¡Oh apacible ganado!  
 Si el canto de Batilo es más subido  
 Que el de los rui señores,  
 Grata escuche Filena sus amores.

BATILO.

La alondra en compañía  
 De la alondra se goza,  
 Y en su arrullo la tórtola lloroso;  
 El ciervo en selva umbria  
 Con su par se alborozaba,  
 Y con el agua el ánade pomposo.  
 Yo con el amoroso  
 Rostro de mi pastora,  
 Ella con sus corderas,  
 Y estas en las laderas,  
 Cuando de nueva luz el sol las dora:  
 Y á Arcadio mi tonada,

Y á todo el valle su cantar agrada.

POETA.

Así loando fueron  
 La su vida inocente  
 Los dos enamorados pastorcillos;  
 Y los premios se dieron  
 Del álamo en la fuente,  
 Llevando allí á pastar sus ganadillos:  
 Y yo que logré oillos  
 Detrás de una haya umbrosa,  
 Con ellos comparado,  
 Maldije de mi estado.  
 De entonces la ciudad me fue enojosa,  
 Y mil alegres dias  
 Gozo en sus venturosas caserías.

Idilio.

(Vease la pág. 153.)

(De D. Gaspar Melchor de Jovellanos.)

AL SOL.

Padre del universo  
 Autor del claro dia,  
 Brillante sol, á cuyo  
 Influxo la infinita  
 Turba de los vivientes  
 El ser debe y la vida:  
 Tú, que rompiendo el seno  
 Del alba cristalina  
 Te asomas en oriente  
 A derramar el dia  
 Por los profundos valles  
 Y por las altas cimas;  
 De cuyo reluciente  
 Carro las diamantinas  
 Y voladoras ruedas  
 Con rapidez no vista  
 Hienden el aire vago  
 De la region vacía:  
 ¡En hora buena vengas  
 De luces matutinas,  
 De rayos coronado,  
 Y llamas nunca extintas,  
 A henchar las almas nuestras  
 De paz y de alegría!  
 La tenebrosa noche,  
 De fraudes, de perfidias,

Y dolos medianera,  
 Se ahuyenta con tu vista,  
 Y busca en los profundos  
 Abismos su guarida.  
 El sueño perezoso,  
 Las sombras, las mentidas  
 Fastasmas, y los sustos,  
 Su horrenda comitiva,  
 Se alejan de nosotros,  
 Y en pos del claro dia  
 El júbilo, el sosiego  
 Y el gozo nos visitan.  
 Las horas transparentes  
 De clara luz vestidas,  
 Señalan nuestros gustos  
 Y miden nuestras dichas.  
 O bien brillante salgas  
 Por las eoas cimas,  
 Rigiendo tus caballos  
 Con las doradas bridas;  
 O ya el luciente carro  
 Con nuevo ardor dirijas  
 Al reino austral, de donde  
 Mas luz y fuego vibras;  
 O en fin, precipitado  
 Sobre las cristalinas

Occiduas aguas caigas  
Con luz más blanda y tibia;  
Tu rostro refulgente,

Tu ardor, tu luz divina  
Del hombre serán siempre  
Consuelo y alegría.

**Diálogo.**

TRADUCCIÓN DE PABLO ROLLI.

(Por D. Leandro Fernandez de Moratin.)

- ¿Quiéres decirme, zagal garrido,  
Si en este valle naciendo el sol,  
Viste á la hermosa Dórida mia,  
Que fatigado buscando voy?
- Sí que la he visto pasar el puente  
Y á los alcores se encaminó:  
Un corderito la precedia,  
Atado al cueilo verde liston.
- ¿Sólo el cordero la acompañaba?
- Tambien con ella iba un pastor.
- Lícidas?—Ese, Lícidas era:  
Mas ¿qué te asusta? ¿qué mal te dió?
- ¡Ay vaquerillo, que feliz eres,  
Pues aun ignoras lo que es amor!

**PROGRAMA GENERAL**

DE LA ASIGNATURA

**DE RETÓRICA Y POÉTICA.**

Págs.

LECCION PRIMERA. Retórica.—Arte.—Reglas.—Modo de aprender las de la retórica.—Doble objeto que nos proponemos al hablar.—Diferencia entre la gramática y la retórica.—Conexion de la retórica con la gramática y la lógica.—Literatura.—Bellas letras.—Obras literarias.—Su division.—Diversas clases de reglas. 1

LECCION II. Pensamientos.—Si pueden sugerirlos las reglas.—Calidades esenciales de los pensamientos.—Pensamientos verdaderos y falsos.—Verdad absoluta y relativa.—Pensamientos claros.—Profundos.—Oscuros y confusos: embrollados y enigmáticos.—Pensamientos nuevos, comunes, vulgares y triviales.—Pensamientos naturales, violentos, forzados y rebuscados.—Pensamientos óbvios y fáciles.—Pensamientos ingeniosos ó agudos, finos y delicados.—Sólidos y fútiles.—Acomodados al tono dominante de la obra. 3

LECCION III. Expresiones.—Calidades necesarias para la bondad de las expresiones.—Claridad.—Concision.—Conformidad con la naturaleza de las ideas y el tono de la obra.—Correccion.—Decencia.—Energia.—Exactitud.—Melodia.—Naturalidad.—Precision.—Propiedad.—Pureza. 7

LECCION IV. Cláusula.—Sentencia, frase, período.—Cláusula simple y compuesta.—Cláusula periódica y suelta: ejemplos.—Miembros ó colonos.—Períodos de dos, tres y cuatro miembros: ejemplos.—Rodeo periódico.—Incisos.—Estilo cortado ó truncado.—Estilo periódico.—Observaciones sobre uno y otro.—No puede darse regla para fijar la extension de las cláusulas. 8

LECCION V. Propiedades esenciales de la cláusula.—Claridad.—A qué debe atenderse para conseguirla.—Pureza y propiedad de las palabras.—Arcaismos.—Voces técnicas, cultas, equívocas y homónimas.—Coordinacion de la cláusula: regla fundamental.—Palabras cuya coordinacion exige mayor cuidado.—Ejemplos. 13

LECCION VI. Unidad de la cláusula: en qué consiste.—Reglas para conseguirla: observacion sobre las ideas capitales.—Id. sobre el acumulamiento de especies en una misma cláusula.—Id. sobre el uso de los paréntesis.—Id. sobre el modo de cerrar la cláusula. 17

LECCION VII. Energia de la cláusula: en qué consiste.—